

PRÓLOGO

Siempre aprendo. Cuando investigo y estudio para documentar mis historias, siempre aprendo muchísimo y, encima, disfruto extraordinariamente con ello. No obstante, en el caso de *Martín Ojo de Plata*, me siento obligada a matizar esta afirmación: no sólo aprendo y disfruto sino que también sufro, y, a veces, bastante. Para ser más precisa aún, diría que sufro de eso tan español que llamamos «mala leche». No pretendo ser grosera ni ruda en mis expresiones, es que no he encontrado otra mejor que defina con fidelidad esos momentos en los que, desolada, dejo caer el libro sobre las piernas, levanto la mirada al techo y los rayos y truenos de la «mala leche» centellean y retumban contra las paredes de mi despacho (y puede que más lejos aún).

Empecé esta futura trilogía —y digo futura porque todavía falta por publicar el tercer y último libro— como un desafío personal, como algo nuevo y distinto que me apetecía afrontar: ¿sería capaz de escribir tres historias distintas con los mismos personajes y en el mismo contexto histórico y geográfico?, ¿sabría escribir aventuras, buenas aventuras, sin recurrir a enigmas, acertijos y pruebas iniciáticas?, ¿podría soportar tantos años con un

mismo tema sin saltar, como es mi costumbre, de un continente a otro, de una cultura a otra o de una época histórica a otra?... Éste era mi reto personal; mi reto como escritora era otro. Estaba harta de ver películas de piratas en las que los españoles siempre éramos los malos: el heroico y guapo pirata inglés eternamente perseguido por un malvado y retorcido gobernador español que intenta acabar con él colgándole en la plaza Mayor de cualquier ciudad caribeña por el injusto motivo de asaltar valientemente algunos barcos cargados de riquezas robadas por los españoles a los pobres indígenas del Nuevo Mundo. No sé, algo no terminaba de gustarme en este machacón planteamiento y yo misma estaba sorprendida porque nunca he tenido un sentimiento nacional muy acusado. Quizá sea un defecto o quizá una virtud pero, además de amar la lengua en la que escribo y me expreso —el castellano—, y el mar y la hermosa luz de mi tierra, Alicante, en el Mediterráneo, nunca he sentido nada parecido a una profunda identidad nacional, aunque, después de vivir un tiempo en el extranjero, admito que me identifico incuestionablemente con todo aquello que nos diferencia de otros países, con lo que nos es propio y único, con lo que nos une como españoles y no con lo que nos separa.